



31 de Mayo de 2009 – María Reina de las Misiones

La Reina de las Misiones



El título "Reina de las Misiones" que hoy adjudicamos a María no aparece como tal en la literatura eclesial hasta los comienzos del 1900, y llegará al Magisterio recién en 1959, de la mano de Juan XXIII. Pero sí atestigua la historia el uso sostenido del título "Reina de los Apóstoles".

Para entender este título tenemos que referirnos al libro de los Hechos de los Apóstoles, inmediatamente después de la ascensión de Jesucristo. Leemos allí: *"Y cuando llegaron, subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro y Juan; Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago el de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos"* (Hch. 1, 13-14). Los nombres propios que encontramos al principio de la enumeración son los nombres del grupo de los Doce que acompañaba a

Jesús (cf. Lc. 6, 13-16), exceptuando en este último caso a Judas Iscariote. A ellos, nos explica Lucas, los *"llamó también apóstoles"* (Lc. 6, 13). ¿Pero qué significa ser apóstol? El término viene de la lengua griega. En un principio, se aplicaba a las flotas de barcos que transportaban algo de un puerto a otro. Por lo tanto, implicaba la idea de movimiento, sobre todo movimiento espacial. Luego, Herodoto, un autor griego, utilizaba la palabra para referirse a un embajador enviado de una ciudad a otra en calidad de negociador de paz. O sea, se trataba de un hombre mandado por el gobierno para lograr un armisticio y culminar la guerra, como si se tratase de un diplomático. Casi en el mismo sentido, Flavio Josefo, autor judío que escribió obras en griego, designa como apóstoles a una embajada de judíos que fue hasta Roma, enviada por Jerusalén, tras la muerte de Herodes el Grande, para negociar con el Imperio que se les permitiese a los israelitas conservar sus costumbres y leyes religiosas. Las comunidades cristianas se valieron del término, respetando su significado de envío, pero recalcando la autoridad del enviado; autoridad que procede de quien lo envía, o sea, de Jesucristo. El apóstol cristiano, entonces, es un enviado, un heraldo, un mensajero revestido de autoridad por el Señor, quien le ha confiado una Buena Noticia. Es muy esclarecedor lo que dice Pablo al respecto: *"Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo"* (2Cor. 5, 20a).

Tradicionalmente, hemos asociado a los apóstoles con los Doce, y exclusivamente con ellos, considerando que los Doce son aquellos que estuvieron con Jesús durante su ministerio público, desde el bautismo en el Jordán hasta su pasión, muerte y resurrección (cf. Hch. 1, 21-22). Pero el Nuevo Testamento designa como tales a otros también. En primer lugar, el mismo Pablo, que no conoció a Jesús en Palestina, y sin embargo pregunta retóricamente *¿no soy apóstol?* (cf. 1Cor. 9, 1). Los Hechos de los Apóstoles le dan el título a él y a Bernabé (cf. Hch. 14, 4.14). Son apóstoles igualmente Andrónico y una mujer de nombre Junia (cf. Rom. 16,7). De esto podemos deducir que el apostolado es efectivamente misionero. Pablo, Bernabé, Andrónico y Junia han sido mensajeros de la Buena Noticia que recorrieron pueblos y ciudades llevando el Evangelio,



formando comunidades. Son apóstoles porque son enviados, porque se trasladan transportando algo valiosísimo. Son apóstoles porque son embajadores del Cristo.

¿Cómo llegamos, entonces, a María como Reina de las Misiones? Lógicamente, el mismo título de Reina de los Apóstoles, por estar junto con los Doce tras la ascensión y acompañarlos en Pentecostés (cf. Hch. 2, 1), es ser Reina de los misioneros, de los enviados, de los embajadores del Cristo, de aquellos que transportan la Buena Noticia. El título se hizo esperar en el Magisterio, pero no por eso ha estado ausente. Se trata de dos maneras de decir lo mismo. La Reina de los Apóstoles es la Reina de las Misiones, puesto que la Iglesia es apostólica en cuanto cumple su rol apostólico, o sea, en cuanto cumple su rol misionero, en cuanto se siente y es enviada. La fiesta la celebramos el 31 de mayo por iniciativa española desde 1947, ya que ese día coincidieron la fiesta de la Visitación de María (la Virgen se moviliza hasta lo de su prima Isabel llevando a Jesús en su seno) y la fiesta de María Reina instituida en 1951 por Pío XII.

Oración

Dios todopoderoso, que derramaste el Espíritu Santo sobre los apóstoles,
reunidos en oración con María,
concédenos, por intercesión de la Virgen,
entregarnos fielmente a tu servicio
y proclamar la gloria de tu nombre
con testimonio de palabra y de vida.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

A. María discípula y misionera: Consagrada

María es una mujer consagrada. Lo consagrado es aquello que se hace sagrado, y ser sagrado es estar separado o reservado. En este caso, decimos que María está separada o reservada para Dios, por iniciativa de Él, pero también por respuesta libre de ella. Una respuesta que significó, ciertamente, una separación exclusiva de su sociedad, donde un embarazo antes de convivir con el esposo era un escándalo mayor, y causa de lapidación por adulterio según lo estipulado en Dt. 22, 23-24. María se une, con su acto de fe y consagración, a las grandes figuras del Antiguo Testamento que creyeron y confiaron en Dios, a pesar de las tribulaciones y las dificultades que eso les ocasionaba. Por eso su prima Isabel la identifica como la feliz que ha creído.

En aquellos días, se puso en camino María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc. 1, 39-45)

El misionero es un consagrado para la misión. Se hace sagrado con su respuesta afirmativa a la vocación porque la Buena Noticia que porta es sagrada, porque quien lo



envía es Sagrado y Santo. Como a María su consagración le trajo dificultades, de la misma manera el misionero encontrará en su camino tribulaciones. Aceptar libremente la propuesta amorosa de Dios es aceptar, como Abraham, como Moisés, como los profetas, como María, que muchos no entenderán, e inclusive, que muchos se opondrán. Por eso las palabras de Isabel siguen siendo palabras vigentes y actuales para el misionero: *Felices los que creen lo que les dijo el Señor*. Felices los misioneros que ponen su confianza en Él.



Hoy, cuando en nuestro continente latinoamericano y caribeño se quiere enfatizar el discipulado y la misión, es María quien brilla ante nuestros ojos como imagen acabada y fidelísima del seguimiento de Cristo. (Documento de Aparecida 270)

1. ¿Cuáles son los problemas que enfrenté y que sigo enfrentando por mi opción misionera?
2. ¿Me siento feliz por la opción misionera que hago?
3. ¿De qué manera María puede ser modelo para mi misión?

B. María discípula y misionera: Contemplativa en la acción

Una de las palabras clave en la espiritualidad de María es *guardaba*, pues el evangelista Lucas nos recuerda que ella guardaba todas las cosas en su corazón. La palabra griega del texto original que traducimos por *guardaba* es un vocablo compuesto por dos grupos verbales: *sun* y *tereo*. *Sun* es una preposición que denota unión, estar junto a, mantener cerca. *Tereo* es más complejo, proviene de *teros*, que hace referencia a guardar con la mirada; más figuradamente significaría mirar algo atentamente para evitar perderlo o evitar que se escape. Es capturar con la mirada para mantener algo junto a nosotros, pegado, inseparable. María es una mujer contemplativa, siempre atenta a lo que sucedía entorno a Jesús para atraparlo en su corazón. Su contemplación nace de la acción: acción de madre, acción de discípula, acción de misionera.

Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el ángel del Señor, la gloria del Señor los envolvió en su luz y se llenaron de temor. El ángel les dijo: "No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre". Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace". Cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Vamos a Belén a ver lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado". Fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. (Lc. 2, 8-19)



El misionero ha de ser un contemplativo en la acción. Mirando la vida la capturará, la atraparé, la guardará, para meditarla y descubrir el paso de Dios, para rumiarla y ayudar a otros a descubrir ese paso. No es un contemplativo ajeno del mundo, sino un contemplativo en el mundo, como María en el pesebre, recibiendo la visita de los pastores. María es una invitación a que el misionero tenga la mirada atenta, a que sea un enamorado de Jesús, de manera que contemplar no sea un aburrimiento, sino un gusto. María es una invitación a ser memoriosos, a no olvidar las historias de las gentes, las historias de los pueblos, sus alegrías y sus tristezas, y compartirlas como María las comparte.



Ella, que “conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón” (Lc 2, 19; cf. 2, 51), nos enseña el primado de la escucha de la Palabra en la vida del discípulo y misionero. El Magnificat está enteramente tejido por los hilos de la Sagrada Escritura, los hilos tomados de la Palabra de Dios. Así se revela que en Ella la Palabra de Dios se encuentra de verdad en su casa, de donde sale y entra con naturalidad. Ella habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se le hace su palabra, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Además así se revela que sus pensamientos están en sintonía con los pensamientos de Dios, que su querer es un querer junto con Dios. (Documento de Aparecida 271)

1. ¿En qué momentos he contemplado la vida descubriendo a Dios?
2. ¿He ayudado a que otros descubran el paso de Dios en sus vidas contemplándolo en los acontecimientos cotidianos?
3. ¿De qué manera la contemplación de María puede ser modelo para mi contemplación misionera?